

¿DECLINAR DEL MOVIMIENTO INDEPENDENTISTA PUERTORRIQUEÑO?

MANUEL MALDONADO-DENIS*

¿H A habido un declinar del movimiento independentista puertorriqueño? Si hemos de tomar como índice a la fortaleza electoral de un partido político, la pregunta debe ser contestada en la afirmativa. La segunda debacle corrida del Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) en las elecciones de 1964 demuestran en forma palpable el debilitamiento progresivo de un sector político-partidista que, dentro del contexto de la política puertorriqueña de este siglo, jamás había experimentado un declinar tan abrupto y tan patente. Al fallar en su intento de permanecer como partido político legalmente constituido en las elecciones de 1960 y de 1964, el PIP ha planteado de manera urgente para todos los que defienden la independencia como solución al status político de Puerto Rico la utilidad práctica —es decir, en los términos concretos de las realidades del poder político—, de la vía electoral como medio para la obtención de la independencia de Puerto Rico. El Movimiento Pro Independencia (MPI), un desprendimiento del PIP, ha planteado el problema desde la perspectiva de la no participación en elecciones coloniales. Los grupos que se aglutinan alrededor del Partido Nacionalista, de otra parte, continúan aferrados a la tesis de Albizu Campos en torno a la inevitabilidad de la violencia como único medio para lograr la liberación. El ensayo a continuación es escrito desde la perspectiva de un independentista y constituye un intento de realizar una crítica y una autocrítica de las causas por las cuales el independentismo puertorriqueño parece, no digo que lo esté realmente, estar declinando en cuanta fuerza política activa en el acontecer político puertorriqueño.

Naturalmente que la disminución notable de la fuerza electoral del PIP a partir de 1952 (año en que obtuvo 125,000 votos) puede servir como índice para que pueda hablarse del "declinar" a que he

* Catedrático Asociado y Director de la *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico.

hecho alusión. Y así ha sido utilizado por los enemigos de la independencia tanto en Puerto Rico como en el exterior. Después de todo, podría partirse del supuesto de que el sistema electoral es el único sistema que el pueblo puertorriqueño considera legítimo (si hablamos en términos sociológicos) en cuanto medio para obtener el poder público, y de que la "cultura política" de Puerto Rico es contraria a cualquier otro medio para obtener el poder público. Por ende —podría argumentarse— una disminución en la fuerza electoral del PIP es una disminución del arraigo del sentimiento independentista entre las masas puertorriqueñas. El argumento, partiendo de los supuestos antes dichos, parece convincente. No obstante, habría que explorar más a fondo cuál ha sido la causa de este declinar en la fuerza electoral del PIP y de la aparente dificultad que confronta al MPI en cuanto a su desconexión con las masas populares. ¿Es que el pueblo puertorriqueño le ha dado de veras, y con visos definitivos, su espalda a la independencia como solución final y definitiva al "status" político de Puerto Rico?

Tomemos otro índice que podría servir como respuesta afirmativa para nuestra pregunta: a ningún observador medianamente perspicaz se le escapa el hecho de que sectores considerables de nuestra población son indiferentes, sino francamente hostiles, al sentimiento de la independencia. Contrario a países como Venezuela o México, no existe en Puerto Rico una auténtica burguesía nacional y nacionalista, que perciba sus intereses en forma antagónica a los intereses de la burguesía financiera e industrial de la metrópoli. Salvo raras excepciones —Ferré con el cemento, Valdés con la cerveza, García Méndez con las centrales azucareras—, en Puerto Rico la burguesía es esencialmente una burguesía parasitaria de la del norte, cuyas principales actividades económicas se llevan a cabo en sectores no productivos —desde el punto de vista del desarrollo económico— de la economía. La verdadera raíz del capital financiero e industrial que opera en Puerto Rico no debe buscarse aquí, sino en los grandes consorcios que operan en Washington y New York. De la burguesía puertorriqueña puede decirse lo que dice Frantz Fanon respecto a la burguesía de los países coloniales: "La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía nacional está aquí lamentablemente ausente. En el seno de la burguesía colonial de los países coloniales.

domina el espíritu de disfrute". (Frantz Fanon *Los condenados de la tierra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1963) pág. 140). De ahí que su referencia tenga que ser siempre a la metrópoli que, protegiendo primero sus intereses, protege de paso los de sus dependientes y aliados. En Puerto Rico la alta burguesía concibe una identidad de intereses con los intereses de la metrópoli. De hecho, cada día se cimientan más los lazos económicos que vinculan al capital financiero e industrial de los Estados Unidos con el de sus homónimos en Puerto Rico. Esta identificación en cuanto a intereses se refleja claramente en la alineación política de la alta burguesía puertorriqueña: ésta es abiertamente anexionista o, a lo sumo, del ala anexionista dentro del partido de gobierno. Lo mismo sucede con la burguesía importadora que representa en Puerto Rico a las grandes compañías de productos elaborados y semielaborados provenientes del norte, así como con todo el grupo de los empleados puertorriqueños que sirven en las agencias burocráticas establecidas aquí por el gobierno norteamericano tales como aduanas, correos, instalaciones militares, etc. A esto añádase un grupo considerable de profesionales (médicos, abogados, ingenieros, contadores, etc.) que participan del auge económico imperante en mayor medida que otros grupos y podrá entenderse mejor el por qué se sienten amenazados, en su sentido más hondo, por cualquier movimiento tendiente hacia la independencia de los Estados Unidos. Luego considérese el hecho de que son estos grupos los que controlan y tienen acceso a los medios de comunicación más importantes: televisión, radio, prensa, etc., y podrá captarse la importancia de estos sectores como factores ferozmente antinacionales y antiindependentistas. Porque, esencialmente, la táctica de estos grupos ha sido la de utilizar el monopolio que, para todo propósito práctico, tienen ellos sobre los medios de comunicación del país, para propagar una serie de mitos y de ficciones que puedan servir como armas contundentes en su lucha antiindependentista. Para ello estos defensores de la anexión a los Estados Unidos cuentan con la anuencia de los grupos que actualmente regentan el poder público en Puerto Rico, grupos que a través del partido de gobierno están comprometidos—cada día más profundamente— con el orden colonial imperante en nuestra isla. (No puede hablarse de medios de comunicación si no se habla, como debe hablarse, del papel preponderante que realizan actualmente, en lo que a la lucha antiindependentista se refiere, los numerosos exilados cubanos que hay actualmente en Puerto Rico. Estos tienen un acceso considerable a las agencias de publicidad, revistas, programas de radio y televisión, etc. Se caracterizan por su agresividad y

por su postura abiertamente contraria a toda causa que pueda denominarse "progresista" en el mundo. Como tal los exilados cubanos, con rarísimas excepciones, son los aliados naturales de los anexionistas puertorriqueños).

De ahí la situación de dependencia que da origen a esta actitud generalizada —no sólo entre sectores burgueses y pequeño burgueses, sino aún entre algunos sectores populares— con referencia a la independencia. Por ello, como solución política para el problema colonial de Puerto Rico debe entenderse al sentimiento pro-independencia en el contexto de lo que ha logrado en este renglón el Partido Popular Democrático (el partido de Muñoz Marín) durante los 25 años que lleva en el ejercicio del poder público. Si los propulsores de la anexión a los Estados Unidos reaccionan ante la metrópoli mediante un intento de asimilación y de identificación total con ésta; los Populares han sido aún más exitosos, en el desarrollo de un sentimiento antiindependentista —no ya entre la burguesía, de quien debería esperarse— sino entre los considerables sectores populares (campesinos y obreros) que logró y aún logra atraerse en Puerto Rico. Debe señalarse al respecto que el movimiento obrero puertorriqueño está siendo objeto también de una fuerte penetración por las llamadas "internacionales" obreras norteamericanas. El resultado ha sido un colonialismo sindical que amenaza con deshacer cualquier base independiente que pudiese aún existir dentro del movimiento obrero puertorriqueño. El movimiento obrero puertorriqueño, desde la famosa alianza de Iglesias y Samuel Gompers, ha estado siempre mediado, subordinado a los intereses de la metrópoli. Se ha intentado por todos los medios darle la orientación apolítica que tienen los sindicatos en Norteamérica: la de obtener mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. Actualmente el movimiento obrero puertorriqueño no constituye una fuerza que pueda contribuir a cambiar el "status quo"; por el contrario, el movimiento obrero organizado es un socio más del "status quo". Los campesinos, de otra parte, ni siquiera se hallan organizados en agrupaciones que defiendan sus derechos. Más bien que sujetos del proceso político, son objetos de éste cuando se revive el proceso electoral cada cuatro años. El partido de gobierno los moviliza cuando los necesita, pero éstos no constituyen un grupo de presión organizado que en alguna forma haga peligrar el sistema. En cuanto a esto, también el proletariado "Lumpen" que puebla nuestros arrabales ha sido utilizado como instrumento de la lucha política partidista. Hasta tal punto ha llegado este demagógico juego con el sector más explotado de la población puertorriqueña, que pueden verse sobre las miserables casuchas de "La

Perla" banderas representativas del partido que propugna la anexión. El "Lumpen", cuando quiere protestar, recurre al partido que él considera que podría hacerle mella al PPD. (Como fuerza política, este sector no ha sido suficientemente explorado por el movimiento independentista).

Los Populares, con los intelectuales "liberales" como ideólogos principales, en gran medida parecen haber alcanzado en el término de apenas tres décadas lo que parece haber sido el gran plan maquívico de su líder y fundador: destruir la causa independentista que él en una ocasión sustentó, como fuerza política de peso dentro del contexto de la política colonial. Para lograr este fin se incrementó la dependencia económica respecto de los Estados Unidos, se hicieron concesiones formales —nunca sustanciales— al sentimiento nacionalista del pueblo puertorriqueño (bandera, himno, fundación de un Instituto de Cultura Puertorriqueño, etc.) y se pretendió re-escribir la historia para que ésta cuadrara perfectamente con la tesis de la "revolución pacífica" y del "escaparate de la democracia". El resultado de todo ello ha sido el aumento patente de la dependencia económica la conversión del país en un fortín militar y, lo que es aún más grave —aunque desde luego, íntimamente vinculado a lo anterior— la creación de un sentido de dependencia cultural y síquica, la creación de una mentalidad colonial entre sectores considerables de nuestra población. El aumento de la dependencia no ha marchado de la mano —como en otros países—, con un acrecentamiento del sentimiento de independencia frente a los colonizadores. Por el contrario, los colonizadores parecen haber logrado —al menos en el momento que escribo— que los colonizados racionalicen su propia colonización, que se sientan "felices" como están. Tal parece que en el caso nuestro la enajenación dual que caracteriza a toda situación colonial: la enajenación frente al colonizador y frente a los congéneres colonizados, no ha logrado prender aquí en cuanto conciencia de esa enajenación. El puertorriqueño, medio, cuando tiene conciencia de su enajenación lo disimula, lo oculta, lo mistifica: realiza el acto que Sartre tan agudamente ha descrito bajo el epígrafe de la "mala fe". El resultado es que se enajena aún más, tomando a veces esta enajenación la forma de la total identificación con el objeto que da origen a la enajenación: el poderío norteamericano. Decía Nietzsche que aquel que no es capaz de mandarse a sí mismo sólo le corresponde obedecer. Mediante la creación de una mentalidad cónsona con este aforismo nietzscheano, la sociedad colonial y sus servidores nativos ha tenido éxito —cómo y en qué medida lo veremos más adelante— en lograr que diferentes grupos de nuestra población —cuyos intereses son antagónicos, como lo son en el caso de la burguesía nativa y del mo-

vimiento obrero puertorriqueño— coincidan en esta tónica general de pensamiento: el pueblo puertorriqueño no podría romper sus lazos de dependencia con los Estados Unidos porque esto le confrontaría con la necesidad de mandarse a sí mismo, es decir, de ser libre. Por ende, y no siendo ello posible, no puede hacer otra cosa sino obedecer al poder colonizador.

Porque nadie debe llamarse a engaño: la lucha independentista es contra un poder monolítico, contra un sistema totalitario que lo es en el sentido más cabal del término: un sistema que funciona como un todo y que abarca totalmente la vida colectiva de Puerto Rico. Sólo el análisis a la usanza liberal norteamericana, con su tendencia a analizar la realidad social como un ente que puede ser visto desde una perspectiva parcial y parcializada, puede dejar de ver el carácter de configuración (Gestalt) que tiene el sistema imperialista. Los medios coactivos y los medios de persuasión, la explotación y las "concesiones" económicas, la abdicación del poder político por el gobierno nativo y el ejercicio "benévolo" del poder metropolitano son caras de una misma moneda. El resultado y el fin de esta acción totalizante: el dominio o control absoluto de la vida colectiva de Puerto Rico, es evidente y palpable sólo para aquellos que sentimos más de cerca la mano férrea que a menudo se esconde tras el guante de terciopelo. A la población puertorriqueña toda se le manipula, se le coacciona, se le compra, se le miente, se le diluye su resistencia nacional y se le rompe el espinazo en mil y una formas más o menos sutiles o más o menos desembozadas. Para captar esta realidad se necesita haberla vivido "desde dentro"; su potencia no puede palparse mientras no se cuestiona el sistema "a fondo". De hecho el sistema no se ha sentido lo suficientemente amenazado como para recurrir a la represión de las fuerzas independentistas en forma abierta y decidida: éste considera que tiene todo bajo control en el momento actual. De ahí que pueda permitirse el lujo "liberal" de presentar una "democracia representativa" que funciona —aparentemente sin fricciones— dentro del marco provisto por el propio sistema imperialista. Pero la violencia está ahí: oculta pero no menos presente, y ahí está también la policía secreta que escruta minuciosamente la vida personal de todo independentista. Dado este marco, no es de extrañarse que muchas gentes —temiendo no sólo por su tranquilidad personal, sino incluso por los medios para su sustento— huyan de la independencia como un juego demasiado peligroso. Bajo estas circunstancias el miedo se entroniza como sentimiento y como pasión predominante: el puertorriqueño medio, como el hombre de Rousseau, vive perpetuamente con el temor de verse forzado a

ser libre. ¡Magra cosecha del colonialismo arraigado en siglos de dependencia y de sumisión!

II

Mas no toda la culpa debe recaer sobre el sistema colonial y sus apologistas nativos. El movimiento independentista puertorriqueño ha cometido también errores que le han causado graves daños a la causa que le sirve como guía. A veces tenemos la impresión de que se perdió el momento histórico más propicio para lograr la independencia: la década del treinta. La razón no tiene que ser rebuscada: objetivamente hablando el sistema colonial se hallaba en su momento de crisis mayor: el sistema capitalista había sufrido una importante fisura, el régimen de los gobernadores coloniales norteamericanos no sólo mostraba su mentalidad retrógrada, sino que desataba represiones populares que lograban conmover a vastos sectores de la población puertorriqueña. El sentimiento independentista cobró un gran auge dentro del Partido Unionista, y el Partido Nacionalista, capitaneado por don Pedro Albizu Campos, dejó su impronta en un grupo de hombres decididos a romper con el orden existente por medio de la violencia. Añádase a esto el sentimiento general de explotación, de dependencia económica frente a los grandes consorcios azucareros absentistas, y podrá lograrse una idea de cuán "maduro" parecía el momento para la independencia de Puerto Rico.

Dos líderes políticos descuellan por sobre los demás en este crucial período histórico: Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín. Sus tácticas, sus visiones del mundo, sus trasfondos ideológicos, eran antagónicos en todos sus puntos. En aquel momento ambos parecen defender un mismo ideal: la independencia, pero siguiendo tácticas diferentes: el proceso electoral el uno y la insurrección armada el otro. Muñoz Marín, educado en Norteamérica y avezado en el cabildeo de Washington, estableció sus contactos con miembros prominentes de la Administración de Roosevelt. Esa misma administración, que proclama la "Política del Buen Vecino" para Latinoamérica y el "Nuevo Trato" para los Estados Unidos, habría más tarde de ordenar la encarcelación de Albizu Campos por intentar "el derrocamiento del gobierno norteamericano por la fuerza y la violencia". En esos diez años del encarcelamiento de Albizu Campos, que terminan en 1947, puede decirse que la vía queda franca para Muñoz Marín como el único líder carismático de Puerto Rico. La metrópoli le apoya por medio de la ayuda económica y del respaldo político de una administración "progresista". Al comenzar la década del cuarenta, Muñoz Marín ha logrado atraer a su partido a la gran mayoría de los independentistas que no creían en las

tácticas de Albizu Campos y que se mostraban esperanzados en que la palabra "libertad" que servía como parte del lema del PPD —junto a Pan y Tierra— significaba literalmente "independencia". Fue, en efecto, toda una generación de hombres creyentes en la independencia los que siguieron a Muñoz Marín —y que persistieron con él luego de su "volte face" en la cuestión de la independencia. Sin embargo, hay quienes, tan pronto como Muñoz declara definitivamente que "no vamos para la independencia", se desprenden del PPD y forman el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) en el 1946. (Un año más tarde don Pedro Albizu Campos regresará a Puerto Rico luego de haber extinguido su condena de 10 años de presidio en los Estados Unidos). En las elecciones de 1948 el PIP obtuvo 60,000 votos y dobló esta cantidad en el 1952. El independentismo parecía haber llegado con ello a una cúspide que —según demostraría la experiencia histórica— no volvería a escalar jamás. Albizu Campos, mientras tanto, se reafirma en su tesis insurreccional. En el 1950 se realiza la Revolución Nacionalista en el centro de la isla y se hace un atentado contra Muñoz Marín. Éste moviliza la policía y la guardia nacional y, sin suspender las garantías constitucionales en la teoría, pero actuando cónsono con la suspensión de ellas en la práctica, controla la situación. Los nacionalistas vuelven a la carga en 1954 y tirotean al congreso norteamericano, y a Blair House. Albizu Campos es hecho preso nuevamente. El PIP, sin embargo, logra aumentar su fuerza electoral a pesar de los actos nacionalistas. Así las cosas, comienza él descenso de su fuerza electoral: 80,000 en 1956; 26,000 en 1960; 23,000 en 1964. ¿A qué puede atribuirse la debacle?

Puede señalarse hacia innumerables versiones. Entre otras cabe señalar el dilema que confronta todo partido político que es, al mismo tiempo, un partido que lucha por la independencia de un país *dentro del marco que le ofrece el sistema metropolitano*. Existe siempre el peligro de que pierda de vista su fin primordial: la independencia, y que se circunscriba en forma demasiado patente a participar dentro de un cerco que le obliga a aceptar las "reglas del juego" de quienes tienen el poder. Una observación que se escucha con frecuencia entre los independentistas es que el PIP realizó demasiado bien su papel de segundo partido o de "oposición leal" y descuidó su labor proselitista con las masas populares —para alborozo del partido de gobierno, que siempre se llevaba el crédito por la legislación destinada a éstas y disfrutaba del trabajo minucioso y preciso del "expertise" en redacción legislativa dentro del PIP. Y es que el sistema parlamentario siempre ha tenido esta cualidad: crea un sentido de caballerosidad y de camaradería aun entre los partidos aparentemente más antagónicos.

que fuerza a los partidos de minoría a acatar el marco de las "reglas del juego". Demás está decir que estas "reglas" a menudo sirven como varas que se usan para medir, con la ventaja para el que tiene el poder de que sólo a él le es dable usar dos varas: una para los suyos, y otra para los demás. Estos son hechos comprobados de la política de poder. Dudo mucho que el PIP pudiese escapar de su aplicación práctica. De cualquier modo, el sistema parlamentario ubicado dentro de un marco colonial pone a los partidos de minoría *radicalmente* comprometidos a cambiar el "status quo" en una situación paradójica: su participación dentro del marco ofrecido puede usarse —como se ha usado— para indicar que si no ganan es porque no pueden, pues han tenido la misma oportunidad que los demás; no obstante, no usar el marco establecido podría significar un rechazo de plano al sistema —en cuyo caso parece no haber otro recurso sino la fuerza... Habiendo descartado esta última alternativa, el PIP ha tenido que desenvolverse dentro de los filos cortantes del dilema ya apuntado. El resultado es conocido por todos.

Pero hay algo más: El rezago ideológico del PIP frente a los cambios operados en la isla durante los últimos veinte y pico de años. Veamos. Los sucesos acaecidos en Puerto Rico después del advenimiento del PPD al poder en 1940 podrían resumirse así: el desarrollo económico de una sociedad agraria a una industrial se ha llevado a cabo dentro del marco restrictivo que ha ofrecido el capitalismo norteamericano. Los cambios operados han transformado al país de uno con una población predominantemente agraria a uno con una población preponderantemente urbana. Con el predominio del poderío económico (financiero, industrial y comercial) proveniente de la metrópoli, así como con la estrechez de los lazos de dependencia en materia de ayuda económica norteamericana, se ha ido cimentando un gigantesco aparato (en inglés "Establishment") que ha promovido la creación de una visión del mundo (*Weltanschauung*) de la realidad puertorriqueña cuyo modelo o arquetipo es una mínesis de la visión del mundo de la clase media norteamericana. Por ende los valores que predominan en la sociedad puertorriqueña actualmente son los característicos de una sociedad asentada sobre una economía capitalista de invernadero: el éxito personal medido a base del ingreso monetario; la comercialización de los principales aspectos de la vida (incluso de los más "privados"); la competencia como norte de la vida colectiva; apego al "status quo" como postura política. Dentro de este contexto el papel de los sectores populares es siempre el mismo: se le ofrece el señuelo de "arribar a la clase media" —siempre, desde luego, dentro del marco ofrecido por el sistema. Se ha buscado crear la mentalidad

del consumidor dentro del sistema capitalista, aun entre los grupos más indigentes, a través de la persistente propaganda comercial y de la supuesta facilidad en la concesión del crédito. El fin es obvio: incorporar también a las masas dentro del sistema, darles la ilusión de que también ellos son "sócios" del progreso. Todo esto dentro de un contexto económico que está muy lejos de haber logrado la abolición de la pobreza. (En San Juan nada más hay 75,000 familias viviendo en la extrema pobreza dentro de arrabales insalubres). Se sabe que existe el descontento entre vastos sectores populares (campesinos y obreros), entre algunos sectores de la clase media que se autodenominan "puertorriqueñistas", entre estudiantes, artistas e intelectuales. No obstante, el PIP no ha podido llegar a los grupos o sectores populares. Por el contrario, su mayor fuerza radica entre elementos pequeños burgueses y entre los intelectuales. Puede decirse sin exagerar que el PIP "no ha llegado" a las masas. Su reclamo—frente a las poderosas maquinarias electorales del PPD y del PER, respaldadas ambas por poderosos sectores de la metrópoli— se ha reducido tanto que ni siquiera puede decirse que sea considerado como una alternativa para la protesta entre los sectores menos privilegiados de nuestra población. Parece imperar entre éstos la creencia de que dar un voto al PIP es equivalente a "botar su voto"; por eso votan, paradójicamente, por el partido más contrario a sus propios intereses, el partido que representa a los grandes intereses capitalistas y que ha sido una fuerza tradicionalmente antipopular: el Partido Estadista Republicano.

Parece pues, que el PIP "nada tiene que ofrecer" aun para los que, objetivamente, "nada tienen que perder" con un cambio.

En gran medida el problema debe visualizarse desde la perspectiva del atractivo de un partido que propone cambios radicales al sistema colonial pero dentro del marco mismo provisto por la colonia. Para un pueblo con mentalidad colonial como el nuestro es difícil rebatir la aseveración: "Pero si estamos bien como estamos" cuando se intenta aludir al sentido que pueda tener para nuestro interlocutor términos como "la patria", "la libertad", "la soberanía". Para el hombre medio puertorriqueño, educado en un sistema donde la palabra "nación" es tabú, las palabras mencionadas suenan huecas, románticas, arcaicas. El sector independentista es, en ese respecto, quizá demasiado "latinoamericano" en sus enfoques, dado el caso de que al puertorriqueño medio se le ha hecho todo lo posible por castrarle su "latinoamericanidad". Pero es "latinoamericano", particularmente en el caso del PIP, precisamente dentro del contexto de esa tradición romántica imperante en nuestros países y que Alejo Carpentier ha denominado el "nuestramericanismo". (El extremo opuesto a esta postura

lo representa el MPI con su postura de hispanoamericanismo radical, quizá demasiado "avante-garde" para una sociedad tan rezagada ideológicamente como la nuestra). Lo cierto es que el programa del PIP no ha sido revisado desde el 1956, que sus enfoques de la realidad puertorriqueña —me refiero primordialmente al viejo liderato— datan de mucho antes que esta fecha, y que éste no ha logrado crear un sistema de organización local y regional que se mantenga en contacto con el pueblo en forma permanente. Un pueblo que, a pesar o, quizá, no muy a pesar suyo, carece de una clara conciencia histórica y nacionalista, sólo entiende un lenguaje en el campo de la política: el lenguaje de los intereses concretos. Todo término abstracto concebido en términos de ideologías decimonónicas está necesariamente abocado a resbalarle por encima sin dejar mella. El PIP, además de que ha tenido que competir dentro del marco provisto por la metrópoli —*marco donde si el PIP no gana es porque no puede*, dada la preponderancia de los partidos que reciben el respaldo económico y político de los Estados Unidos— continúa aferrado en enfoques e ideologías que no responden a las realidades cambiantes de nuestro tiempo y de nuestro país. Ello le presenta disyuntivas muy serias al Partido Independentista. ¿Debe continuar compareciendo a elecciones dentro de un marco donde no va a obtener nunca una mayoría de los votos, o debe radicalizarse mediante la adopción de nuevos enfoques que le permitan alcanzar un mayor apoyo popular, renunciando por el momento a la participación electoral? Creo que la pregunta debe contestarse en la afirmativa al referirnos a su segunda parte y en la negativa en cuanto a la primera. Pero es éste un dilema que ha confrontado todos los movimientos libertadores en su lucha por la independencia. La contestación no es fácil ni puede darse festinadamente. Se requiere la más amplia discusión en todos los niveles del movimiento independentista, pues de esta decisión dependerá la suerte de la independencia de Puerto Rico. La división al respecto es otro factor que debilita aún más las aparentemente exangües fuerzas pro independencia. Pero sería un error dar por sentado que el "declinar" del movimiento independentista es un hecho irreversible, que se ha llegado a un punto donde no puede volverse atrás a su florecimiento en la década del treinta. Varios factores podrían señalarse en contra de esta hipótesis.

III

Hemos hablado en repetidas ocasiones del "aparente" declinar del movimiento independentista. Y hemos usado la palabra "aparente" de manera indistinta en sus dos acepciones: "aparente" como algo evidente, como algo patente para todos y "aparente" en el sentido de lo

superficial, de lo ilusorio de lo engañoso. Tal vez el juego de palabras sirva para ilustrar las dos caras de una misma moneda, toda vez que todo fenómeno político debe vislumbrarse desde diversos ángulos de forma tal que podamos obtener una visión más completa, más total del fenómeno que nos preocupa.

Como hemos intentado señalar anteriormente, un movimiento como el independentista —así como el sentimiento que le anima— no es algo que surja por generación espontánea, sino que es el resultado, la cristalización, —en términos políticos— de los problemas, conflictos y situaciones que, vistas desde la perspectiva de las fuerzas económicas y sociales que le sirven como trasfondo en un determinado momento histórico, determinan en gran medida el desarrollo y evolución del movimiento. Por ende no puede concebirse al movimiento independentista en forma objetiva si no se estudian las fuerzas, tanto internacionales como nacionales, que configuran la realidad puertorriqueña y que proveen el marco dentro del cual deberá darse la lucha por la independencia.

Hasta ahora hemos pretendido señalar los factores que consideramos como negativos para el ideal de independencia. Procede ahora considerar los que estimamos positivos, es decir, favorables a la independencia de Puerto Rico.

Tomemos antes que nada la situación internacional. No cabe duda de que la Revolución Cubana ha sido un acontecimiento cuyas repercusiones para la política puertorriqueña son indudables. (Hemos hecho un análisis de este problema en un número anterior de la *Revista de Ciencias Sociales* y no vamos a extendernos aquí sobre el particular). Este acontecimiento, unido a la lucha anticolonial y anti-imperialista que se libra en todo el mundo, ha atacado la raíz de los males de los países proletarios del mundo: el subdesarrollo y la dependencia económica. En el campo internacional la nueva constelación de fuerzas se ilustra en la composición de la ONU y la importancia que dentro de ella tienen los antiguos países coloniales. Pero esta lucha ha tenido el efecto simultáneo de recrudecer la reacción y la contrarrevolución como fuerzas capitaneadas hoy por los Estados Unidos. Los efectos de la lucha internacional dirigida hacia la liquidación definitiva del colonialismo debe por ende entenderse dialécticamente como una lucha entre fuerzas e intereses antagónicos e irreconciliables. Puerto Rico, cuya relación de dependencia casi absoluta y asaz directa de los Estados Unidos le somete necesariamente a los efectos penetrantes de una gran potencia contrarrevolucionaria, se halla en la situación de que mientras más amenazada se siente la nación norteamericana en el campo internacional más pretenderá aferrarse a lo que

ya tiene. Así es y será con Puerto Rico. Sólo así se explica el relativo encapsulamiento de Puerto Rico con referencia, particularmente, a Latinoamérica; el hermetismo que sella nuestro mundo y que nos circunscribe dentro del ámbito de un compartimiento que nos hace mirar en una sola dirección. Nada hay de accidental ni de fortuito en ello: todo responde a un designio racional de la potencia que nos regenta imperialmente. No obstante, esa atmósfera de relativo hermetismo no puede sostenerse indefinidamente sin promover un ambiente restrictivo y sin crear una resistencia hacia sus consecuencias: la pompa de jabón se rompe ante la crítica implacable. Un sistema debilitado en todos los frentes, cuando se ve amenazado no tiene otro recurso sino la fuerza. Pero ello sólo ocurre, para usar la famosa frase de Marx, cuando "la fuerza de las ideas cede el paso a la idea de la fuerza". En Puerto Rico no hemos llegado aún a esa etapa. En ese respecto —y una lectura del libro de Frantz Fanon, *Los Condenados de la Tierra*, confirma lo que he esbozado hasta aquí—, Puerto Rico se halla en una situación rezagada con respecto a los demás países coloniales. De hecho y, aun analizando la situación internacional con una lupa favorable para el movimiento independentista, nos movemos en un círculo vicioso: no puede haber independencia si no hay conciencia revolucionaria, y no puede haber conciencia revolucionaria si no se crean las condiciones para el advenimiento de la independencia. El pueblo puertorriqueño —ayudado por una situación internacional favorable— tendría que romper con el círculo vicioso para que pudiese resurgir el movimiento independentista como única respuesta a la crisis del sistema colonial y neocolonial. Porque un sistema como el aludido; envuelto en sus propias contradicciones, se mueve de acuerdo a la lógica que le dicta su propia situación de sistema acosado: permitirá la disidencia, el debate, sólo cuando no se sienta verdaderamente amenazado, sólo cuando sus intereses económicos y militares no se hallen en peligro. Cuando esto suceda no vacilará —como lo demuestra el caso de la República Dominicana— en utilizar la fuerza de la manera más desembozada.

En nuestra isla los colonizadores no han podido —por más que han tratado— erradicar totalmente de nuestro medio al movimiento independentista. Pues aquí también hay una lógica de la situación. Tómese por ejemplo, la presión constante porque se "liberalice" la actual situación política de Puerto Rico de tal forma que pueda "culminarse" el "Estado Libre Asociado". La experiencia demuestra que el pueblo puertorriqueño —aun dentro del marco de la colonia— ha ido pidiendo cada vez más libertad a la metrópoli. Y la metrópoli se ha encontrado con el problema de que si abre una pequeña abertura puede

amenazar con resquebrajar el sistema todo. Por eso detiene, pospone, contemporiza —pero no cambia. Sin embargo, la historia no se queda quieta y el pueblo puertorriqueño demanda cada vez con más vehemencia la solución definitiva de su "status" político. ¿Qué cursos se hallan abiertos al gobierno de Washington? Conceder algunas "mejoras" a la actual relación de "libre asociación"; anexar a Puerto Rico como Estado de la unión norteamericana; concederle la independencia a la isla. La experiencia hasta el momento parece indicar que habrán de agotar todas las posibilidades contenidas en la primera alternativa —si es que la ONU y la situación nacional se lo permiten. Pero, no importa cuan "culminado" quede el actual "status" político, será siempre transitorio e inaceptable para los defensores de las otras alternativas políticas. Eso lo saben el gobierno de los Estados Unidos y sus servidores en Puerto Rico.

Está entonces la posibilidad de la estadidad federada. Nada agradecería más a los Estados Unidos —y la historia de la anexión de Hawaii y Alaska confirman esta aseveración hasta la saciedad— que anexar a Puerto Rico como Estado de la unión norteamericana. Pero esto significaría, indudablemente, que la inmensa mayoría del pueblo puertorriqueño tendría que favorecer la estadidad federada. Y, como paso previo a este acto, todo sentido de resistencia nacional tendría que quedar disuelto —sería necesario un acto previo de asimilación cultural que culminase en una asimilación política. La alternativa no es fácil. Aunque hay señales alarmantes de "norteamericanización", el pueblo puertorriqueño ha resistido tesoneramente todos los intentos de asimilación cultural provenientes de la metrópoli. Además, aparte del veto indudable que una minoría independentista tendría en caso de plantearse la anexión, no cabe duda de que en Puerto Rico existe en este momento —ya que no un fuerte sentimiento pro independencia— un fuerte sentimiento antianexionista. Este fenómeno puede palparse dentro de la ya reconocida ala "independentista" en el PPD.

Todo lo cual nos deja con la independencia como última y única solución. El PPD es una coalición de sectores pro estadistas y pro independentistas dentro de un partido donde pueden coexistir mientras se pueda continuar con el "Estado Libre Asociado", y se pueda cimentar todo esto con la enorme influencia de Luis Muñoz Marín. Cabe la especulación en cuanto a lo que acontecerá si el "Estado Libre Asociado" no "culmina" en una relación más "liberal" entre los Estados Unidos y la isla, o si Muñoz Marín muere sin que el problema se haya resuelto definitivamente. Nuestra creencia es que cualquiera de estos dos acontecimientos tendrá efectos devastadores sobre el partido de gobierno y provocaría una escisión abierta entre los que —enfrentados escuetamente con sólo dos alternativas al "status"—

estarían en pro de la independencia o de la estadidad. De ahí que la fuerza del movimiento independentista no pueda juzgarse —en el momento actual— a base de la fuerza relativa que tuvo el PIP en los comicios recientes. Hay, a juicio nuestro, muchos más favorecedores de la independencia de Puerto Rico que los que hoy abogan abiertamente en pro del ideal.

Dicha fuerza —aunque hoy luzca aparentemente exangüe —podría llegar a ser una fuerza de gran peso en un futuro no muy lejano, dependiendo de las circunstancias históricas y de las condiciones socio-económicas que le sirvan como trasfondo. Una cosa sí emerge claramente del análisis que hemos intentado hacer: la lucha independentista es una lucha favorecida por el desarrollo histórico y retenida por los que se oponen al derrotero que toma ese desarrollo histórico. Si el empuje del movimiento independentista puertorriqueño no logra contrarrestar el halón antihistórico de quienes pretenden decir NO a la historia, podría muy fácilmente perder su momento y perecer bajo el alud de la anexión total. La lucha independentista es, por ende, una lucha contra el tiempo, una carrera desesperada por detener un proceso de asimilación cultural que ya se halla bastante adelantado. Del resultado de esa carrera habrá de depender el porvenir de Puerto Rico como pueblo hispanoparlante y la existencia misma de los que defendemos la independencia.

IV

Nada de lo dicho hasta aquí debe tomarse como la expresión de un deseo que raya en lo utópico: que la independencia le venga a Puerto Rico "por necesidad histórica" o por mor de una intervención foránea cuyo origen puede ser Africa, Latinoamérica, Asia, o la O. N.U. Como dijo Marx en una ocasión, los hombres hacen la historia, pero dentro de ciertas y determinadas condiciones que le son dadas. Ya hemos visto qué condiciones le han sido "dadas" dentro del devenir histórico al movimiento independentista puertorriqueño. Falta ahora por ver en qué forma puede éste encauzar el desarrollo histórico de tal forma que puede realizarse plenamente el anhelo de liberación nacional, o de lo contrario quedar rezagado para siempre en un mundo donde la historia —tribunal implacable—, condena a quienes no han sabido o no han podido interpretar correctamente los perfiles de sus derroteros.

Ya se ha visto de qué manera existe en Puerto un *control directo* de nuestros asuntos por la potencia que nos regenta imperialmente. Este es el marco, la situación histórica dentro de la cual se tiene que llevar a cabo actualmente nuestro devenir histórico. Dentro de este

marco profundamente restrictivo —pero a la vez con unos visos de apertura al cambio que al hurgarlos resultan ilusorios— es que tiene que desenvolverse la lucha independentista. Estimo que la situación puertorriqueña en este momento histórico es tal que todo partido político que propugne la independencia por vías electorales le será extremadamente difícil —sino imposible—, obtener sus objetivos por ese medio. La realidad es que la competencia de un partido independentista debilitado, desorganizado y disgregado dentro de un contexto donde *no puede* competir ventajosamente sólo sirve a los intereses de la metrópoli y de sus defensores nativos para “probar” que la independencia está muerta como movimiento en Puerto Rico. Al menos eso parece indicar la experiencia histórica y sociológica en este momento. Lo cierto es que dentro de una campaña electoral donde un partido independentista no es —no puede ser— un partido más que, aceptando la legitimidad del sistema colonial, le diga al electorado “nosotros lo haremos mejor sin alterar el sistema”, su apelativo a las masas forzosamente resulta en extremo limitado. Porque, después de todo, el hombre medio siempre pensará que no puede jugarse un albur a algo incierto: la independencia, por algo que ya tiene. Y, sin embargo, todo partido independentista que no pretenda ser un partido colonial más tendrá que anteponer la independencia a la solución de los problemas inmediatos del hombre medio o, de lo contrario, aceptar la legitimidad del sistema y decirle a éste: “yo ofrezco más”. El dilema no ha podido ser resuelto por el PIP como partido que ha decidido participar en la contienda electoral. Ya hemos aludido a los resultados de esa política. No obstante, hay quienes todavía se obstinan en la creencia de que “ganaremos las elecciones” o de que “obtendremos una minoría considerable”. Estimo que con un sistema viciado en su raíz como lo es el sistema colonial resulta romántica esta postura: no creo que en el caso particular de Puerto Rico la lucha por la independencia debe tomar el camino accidentado y lleno de peligros que le ofrece el sistema para indefectiblemente caer en su trampa. Será necesario explorar otros caminos...

La abstención electoral fue la alternativa propuesta por el MPI en las elecciones de 1964. Es debatible el éxito de esta táctica de lucha. En cuanto a la violencia contra el colonizador —medio primordial para el logro de la independencia en otros países coloniales— las escasas posibilidades de éxito parecen condenar a cualquier brote esporádico de violencia a la esterilidad. ¿Cuál ha de ser, pues, el curso a seguir por el movimiento independentista puertorriqueño, si todas las alternativas parecen igualmente prohibitivas?

Creo que la respuesta radica en la creación de un movimiento

independentista unificado y unido en cuanto a estrategia y tácticas, imbuido por una "mystique" que guie su labor, y comprometido con un proceso riguroso de organización y de disciplina en todos los niveles de la lucha. Además este movimiento —no este partido— deberá extender su ámbito hasta llegar a los vastos sectores populares —los que "nada tienen que perder"— sin los cuales nunca podrá lograrse una verdadera independencia. Ello requiere una ideología que esté "a la altura de los tiempos", nuevos enfoques de la realidad puertorriqueña y una negativa rotunda a "colaborar" —excepto en aquellas cosas que manifiestamente ayuden al movimiento independentista— con el régimen colonial. Deben ensayarse asimismo acciones que conlleven la "resistencia pasiva" al régimen, tales como las utilizadas por los negros en los Estados Unidos. Una rigurosa disciplina debe servir como base a este esfuerzo, así como una organización que responda eficazmente y sin vacilaciones a las necesidades del movimiento. Un movimiento unificado y bien estructurado puede constituir un grupo de presión de vital importancia dentro del marco del sistema, sin necesidad de comprometerse con éste. Sería indispensable la labor de proselitización entre todos aquellos grupos: obreros, campesinos, pequeños comerciantes, estudiantes, intelectuales, cuyos intereses no coinciden en forma directa con los intereses de los que pretenden perpetuar el sistema colonial. En otras palabras, lo que se propone es un movimiento independentista unificado y radical que apele a los sectores populares dentro de nuestra población y que sea capaz de crear una conciencia de la explotación y de la subordinación a que son sometidos por los intereses económicos, políticos y militares de la metrópoli. Apelar a los sectores cuyos intereses están determinados por la metrópoli sería vano empeño —y una pérdida de tiempo. Actualmente el movimiento independentista puertorriqueño debe tratar por todos los medios de unificarse y de organizarse rigurosamente. Una vez obtenido esto debe apelar primordialmente a los que "nada tienen que perder". El camino de la liberación no puede ser trillado sin la participación de los vastos sectores populares que conocen mejor que nadie —porque lo sienten en su propia carne— a las entrañas del monstruo. Pero esto no será labor de días ni horas, sino de muchos días y muchas horas. Y termino ya este artículo con una cita de Fanon que viene al caso: "El hombre colonizado que escribe para su pueblo, cuando utiliza el pasado debe hacerlo con la intención de abrir el futuro, de invitar a la acción, de fundar la esperanza. Pero para asegurar la esperanza, para darle densidad, hay que participar en la acción, comprometerse en cuerpo y alma en la lucha nacional". O, como

dice él en otra parte de su libro: "el intelectual colonizado que quiere hacer una obra auténtica debe saber que la verdad nacional es primero que la realidad nacional". Esperamos que esa verdad pueda ser en el mañana nuestra realidad nacional.